

**LA VISIÓN DEL EMPRESARIO PARA EL DESARROLLO SOSTENIBLE A TRAVÉS DE LA RESPONSABILIDAD SOCIAL**

Excelentísimo Señor Presidente de la República, don Elías Antonio Saca, señores del podium, excelencias, señoras y señores:

Ante todo quisiera agradecer la invitación a participar en este importante evento. Es un honor, y espero estar a la altura del mismo.

Considero que el ENADE y su definición de la agenda de desarrollo del país, tiene un altísimo valor. En mis constantes viajes a los países que integran Latinoamérica, no he encontrado la consistencia y convergencia que noto aquí, en El Salvador, en este evento, y en lo que escucho y leo del Señor Presidente.

Mientras me preparaba para este encuentro, en primer lugar tuve en claro que no puedo ni pretendo darles una disertación magistral, por una simple razón: porque no me considero un maestro. Yo creo que todos nos preocupamos por temas como el desarrollo sostenible y la responsabilidad social empresarial, y por eso también todos sabemos que somos alumnos y no maestros ya que nos queda mucho por aprender. Y los que se consideran muy expertos, sólo demuestran que no han comprendido los alcances de los temas que estamos abordando.

Mi aspiración es compartir con ustedes algunas reflexiones basadas en mis experiencias personales.

Cuando leí el documento del ENADE del año 2003 –lamentablemente no había leído el del año en curso– quedé muy impresionado por lo completa que era esta agenda de desarrollo, por la claridad y consistencia de sus planteamientos, y también por el coraje que se percibe detrás de cada una de sus propuestas. Encuentro que, a diferencia de sus pares de otros países, aquí el empresariado tiene muy en cuenta temas como la equidad de ingresos y la igualdad de acceso a las oportunidades. Estos son conceptos muy importantes, y también lo es esta dinámica, que considero que si se reprodujera en más naciones de la región posiblemente colaboraría para que se evitaran algunas situaciones desafortunadas. Pienso en países como Venezuela, en el que en los últimos años hemos invertido mucho. Creo que si Venezuela hubiera tenido una plataforma como esta para reunir a los empresarios y el gobierno, las cosas hoy quizás serían muy distintas. En este sentido felicito a ANEP y a todos los organizadores de este evento, por lo importante que es que se celebre y por lo bien que lo hacen. En este sentido, participar del mismo no sólo es un honor sino un verdadero placer y un reto.

Después de haber leído el ENADE 2003, empecé a pensar qué se podía comentar, qué se podía aportar y cuál era la conclusión acerca de esta agenda tan convincente y tan completa, teniendo en cuenta que, quizá, en ella ya estaban contemplados todos los temas. Por eso me referiré apenas a algunos puntos. En primer lugar afirmando que aquí hay un programa claro, contundente, que implica un gran desafío y mi conclusión al respecto es: *"just do it"*. Si El Salvador logra realizar la mitad de este programa, conseguirá lo que debería ser y va a ser: un caso exitoso, un caso modelo para Latinoamérica. Pero obviamente, entre las propuestas, las políticas y los hechos hay trechos y retos. Y la pregunta es cómo hacer para que estas grandes ideas y estas buenas políticas, propuestas y conceptos se conviertan en realidad. Yo sólo puedo contribuir aportando mi experiencia de toda una vida como empresario, pensando en cómo lo haría estando al frente de una organización, de una gran multinacional o una gran empresa. En ese caso, ¿cómo me manejaría?

Lo intentaría dando inicialmente cinco pasos. El primero: buscaría un amplio consenso entre todos aquellos que deberán participar en la ejecución. Y esto me parece que se logra en eventos como el ENADE, porque no sólo es un hito importante en el año, sino que entiendo que a su vez genera otra serie de eventos y sinergias, y dispara diferentes procesos. En este sentido, creo que es

fundamental lograr el consenso y el compromiso del mayor número posible de actores sociales del país.

Segundo: alinearía a todos los participantes, para que trabajemos en una misma dirección y unamos nuestros esfuerzos para encaminarnos hacia el mismo rumbo. La claridad del programa es clave para lograrlo. El tercer punto creo que es más difícil, y es determinar las prioridades, porque obviamente en el país hay muchas, todas importantes para alguien, todas en apariencia urgentes. Entonces, ¿por dónde empezar? Porque sabemos que los esfuerzos y los recursos, por muchos que sean, nunca van a alcanzar para hacer todo en el mismo momento. Es decir que tenemos que escoger y determinar lo que estará en segundo y hasta en tercer lugar; temas que, a pesar de ser importantes, a pesar de que pueden ser incluso urgentes, no pueden estar en la primera línea de prioridades.

Como cuarto punto, de vital importancia, están los incentivos para que aquellos que tendrán que contribuir al éxito, estén interesados y motivados a hacerlo en forma conjunta y de la mejor manera posible, actuando eficaz y eficientemente. Y los incentivos, como bien ha dicho el Señor Presidente, son un asunto de primera prioridad para el gobierno. Y en quinto lugar me parece muy importante aplicar una medida que resulta común en el sector empresarial: intentar medir el progreso del país hacia las metas y los objetivos formulados. Obviamente, con esto quiero decir que el progreso del país no debemos medirlo por los niveles del Producto Interno Bruto, sino que tenemos que encontrar una fórmula como la que utilizamos en el mundo de los negocios, que contemple no sólo la ganancia financiera, sino también los resultados en términos de creación de valor social, humano y ecológico.

Creo que dando estos cinco pasos, El Salvador podría meterse de lleno en la ruta del progreso, en la que de hecho ya está trabajando con energía. Considerando además las sorprendentes y buenas noticias que el Señor Presidente nos ha comunicado, sólo me resta felicitarlos porque creo que son señales muy importantes, que marcan el inicio de una nueva época, de un nuevo ciclo de desarrollo.

Ahora, volvamos al tema de las prioridades. Quizá algunos asuntos, algunas prioridades, son menos obvias que otras porque tal vez no nos preocupamos por ellas todos los días. Sin embargo, no por eso pierden su calidad de prioridades, de temas de vital importancia. Hace siete años, en El Salvador se publicó el famoso *Libro Verde*. Con satisfacción y orgullo contribuimos a la realización de este libro que brindaba un análisis de las amenazas que se cernían sobre los recursos naturales y un inventario de las acciones que era necesario realizar para conservarlos. Recuerdo que por entonces se hizo algo muy novedoso: se intentó medir el valor de los recursos naturales y darle un valor también al consumo y a la destrucción de dichos recursos. El resultado que arrojó fue un número entre el 1 y el 2% del Producto Interno Bruto, en términos de costos de recursos consumidos. O sea que si ustedes tienen un crecimiento del 2% y deducen el costo de los recursos naturales utilizados, el crecimiento ya no existe. La cuenta da cero.

El esfuerzo que supuso la realización del *Libro Verde* tuvo consecuencias importantes, pues luego de su publicación se creó el Ministerio de Medio Ambiente, se promulgó una ley de regulaciones ambientales, y se implementaron destacados programas de eco-eficiencia en muchas empresas. Gracias a ello, en El Salvador hay algunas empresas que no sólo tienen éxito a nivel de eco-eficiencia, sino que además se pueden comparar con las mejores del mundo. Sin embargo, mi impresión como huésped que visita el país después de unos años de ausencia, es que pese a estas loables prácticas, la cultura básica de la población no ha cambiado verdaderamente. Me parece que muchos de los problemas de hace siete años no sólo todavía existen, sino que en algunos casos son más urgentes y tienen mayor magnitud, por lo cual hoy ya resulta primordial que nos ocupemos de ellos.

Uno supondría que tratándose de un país pequeño y de población muy densa, la amenaza que dicha ecuación representa para los recursos naturales debería ser obvia para todos. Pero lo cierto es que la conciencia de los salvadoreños acerca de la importancia que tienen estos recursos como base de todo desarrollo es aún escasa.

Voy a mencionar sólo dos temas que están relacionados: el de los bosques y el del agua. Las cifras que he leído –y cito las cifras que, supongo, son más o menos reales– resultan alarmantes: El Salvador tiene 120 mil hectáreas de bosques. Esta cifra es mínima si se la compara con las 400 mil hectáreas de bosques que maneja la empresa de mediana escala que fundé aquí hace algunos años. El Salvador tiene 7 mil hectáreas de bosques protegidos. La empresa mediana a la que me refiero tiene 70 mil, diez veces el área de bosques protegidos que tiene todo el país. ¿Cómo es posible que una empresa de esta escala tenga una superficie de bosques protegidos diez veces mayor que la de un país de seis millones de habitantes? Algo no cuadra. Es evidente que aquí hay un gran problema, que además tiene muchas consecuencias que se evidencian en catástrofes naturales, grandes inundaciones y otras que mencionaré oportunamente. Considero que en el futuro, este tipo de fenómenos naturales van a ser más frecuentes y también más violentos.

El otro problema relacionado es el del agua. Si la gente no tiene agua limpia, obviamente se perjudica la salud, se perjudica la productividad y se perjudica el desarrollo humano en todos los niveles. La falta de agua potable representa un enorme freno al desarrollo, a la economía y al país en general.

Por eso, en mi carácter de visitante, les daría un consejo: planten árboles. Planten, cuiden y aprovechen de manera sustentable los árboles. Es una manera de generar empleo, de cuidar la tierra, de evitar la erosión y de aprovechar un recurso natural que crece y que puede ser fuente de trabajo con valor agregado. Yo lo sé como inversionista, porque lo he hecho y he tenido mucho éxito. Y creo que El Salvador tendría que hacer un esfuerzo importante para plantar árboles y para enseñar a la ciudadanía a cuidarlos a través de un programa de formación, educación y concientización. Porque además, sin árboles, los problemas ambientales seguirán aumentando.

Otro tema de gran peso y que puede ser un freno al desarrollo es el de la energía. Hace dos años analicé datos referidos al suministro y consumo del petróleo a nivel mundial, y me alarmé al comprobar que la situación es más difícil de lo que la opinión pública mundial percibe. Voy a mencionar sólo algunos de los datos que me preocuparon: en los '90, durante ese gran *boom* que se produjo en el mundo con la caída del muro de Berlín, el precio del petróleo cayó, pasando a costar casi una tercera parte. En esa década costaba alrededor de \$30 y llegó a \$10 en el año 2000. De modo que en 2000, el precio del petróleo se encontraba por debajo del nivel donde estaba antes de la sufrir la primera crisis, acontecida en 1972. Segundo dato: los grandes descubrimientos de reservas se dieron en los años 30 en los Estados Unidos y en los '50 en Medio Oriente, mientras que durante la década del '70 se encontró petróleo en lo que era la Unión Soviética y en el Mar del Norte. Es decir que en veinte años hemos consumido más de lo que fuimos descubriendo como nuevas reservas.

Veinte años llevamos explotando reservas que hemos descubierto en el pasado, por lo tanto la pregunta es: ¿cuándo se producirá el pico de producción a nivel mundial? Hace dos años llegué a la conclusión de que esto se producirá dentro de poco, quizá de aquí a 2010. Desde entonces en adelante, la producción mundial irá bajando, pese a que la curva de la demanda subirá con el impacto de China, India y muchos otros países en desarrollo. Sin embargo, ignorando estas cifras, en el gran país del Norte el consumo de petróleo sigue creciendo.

Creo que para El Salvador es importante encontrar una base de suministro de energía que sea más diversificada y esté sustentada en recursos renovables. Y francamente considero que en el país hay potencial. No conozco la situación en detalle, pero tratándose de un territorio con tantos volcanes que provocan terremotos y erupciones, esa energía debe estar garantizada. Hay por lo

menos que sacarle provecho a la energía geotérmica, que debido al actual precio del petróleo –40 dólares– es una de las que resulta más atractiva. La energía geotérmica es muy sostenible, y quizá con energía eólica y otras, El Salvador pueda, si hace hoy las inversiones a largo plazo que corresponden, diversificar su base energética.

Esas serían para mí las prioridades en un plan de desarrollo. Menciono estos temas porque son aquellos acerca de los cuales tengo experiencia en mi trayectoria como empresario ya que he realizado inversiones en esos sectores, y veo además el potencial que tiene el país.

Con toda esta experiencia a cuestas, en estos últimos años me he convertido en empresario social. Creo que ese es el término adecuado para designar lo que hago, después de haber heredado de mi padre –hace casi treinta años– una importante empresa de materiales de construcción que tenía un gran problema porque su producción estaba basada en asbesto.

Al poco tiempo de recibir este legado, se comenzaron a descubrir los efectos del asbesto en la salud de las personas, y me tocó reinventar y deshacer lo que había recibido; pensarlo y replantearlo todo. Afortunadamente, diez años después de haber aceptado esta herencia, tenía un grupo empresarial totalmente nuevo, distinto, muy diversificado y más grande que el que había obtenido como patrimonio familiar, ya que tuve mucha suerte y varios éxitos en muchas de las inversiones que realicé. Y creo que fue por haber tenido esta experiencia, por haber sido capaz de esa reconversión que me invitaron a participar en la Cumbre de Río de Janeiro que se celebraría en 1992, con el fin de que ayudara a definir el rol que el sector privado debía jugar en la promoción del desarrollo sostenible.

Lo cierto es que hace más de doce años, en 1991, cuando empezamos con este trabajo, el término desarrollo sostenible era realmente desconocido. Existía todavía el viejo paradigma que afirmaba que había que elegir entre conservar la naturaleza o desarrollarse económicamente, ya que las dos cosas, simultáneamente, no se podían lograr. Fue por ello que nos concentramos en buscar el denominador común, y en aquel momento lo encontramos en el concepto de eco-eficiencia, porque siendo más eficientes en el uso de los recursos naturales también podemos ser más eficientes en lo económico. Hoy tenemos muchos ejemplos de empresas que son muy exitosas gracias a que han implementado notables programas de eco-eficiencia. Me refiero a las 170 compañías que integran el Consejo Mundial Empresarial de Desarrollo Sostenible (WBCSD), que se complementa con la red de Consejos Nacionales para el Desarrollo Sostenible, como el CEDES, aquí en El Salvador. Tomando cifras totales, esta red mundial para el desarrollo sostenible está conformada por 1,300 empresarios de 53 países.

Quisiera aprovechar esta ocasión para felicitar a los amigos del Consejo Salvadoreño (CEDES), porque creo que bajo circunstancias difíciles hacen un excelente trabajo. Sólo deseo que más empresas se sumen al esfuerzo que realiza este Consejo, para poder compartir el conocimiento respecto de cómo hacer las cosas bien, para aprovechar el trabajo que hacen a partir del intercambio de experiencias, el desarrollo de nuevas herramientas y la medición de resultados, entre otras cosas. Considero que hay que usufructuar este esfuerzo en conjunto, teniendo en cuenta que las empresas que conforman el Consejo Salvadoreño trabajan con afán y para provecho mutuo.

En los últimos meses antes de la Cumbre de Río, cuando con la gente del Consejo Mundial comprobamos que por diversas razones el trabajo no hacía más que incrementarse, concluimos que lo primordial era lograr que las empresas contribuyeran al desarrollo sostenible. Hoy, en este evento, abordamos temas específicos como el del agua y los bosques; hablamos de la responsabilidad social empresarial, tema clave del día; y hablamos de negocios que redunden en oportunidades para los pobres. Y esto último me parece especialmente interesante, porque la pobreza es un reto para todo el mundo en desarrollo; un reto que los empresarios podemos contribuir a resolver sin dejar de ser rentables. Mediante la interacción con las poblaciones más

sumergidas, debemos buscar el provecho mutuo y, al respecto, entre las empresas que integran el World Business Council tenemos experiencias muy valiosas, como por ejemplo pequeños avicultores a quienes les facilitamos la compra de insumos que les permiten producir más y pagarnos luego, en función de su productividad creciente. Anteriormente, este tipo de negocios no solamente no existían sino que a los empresarios ni siquiera se nos ocurría que podíamos encontrar clientes entre las poblaciones de escasos recursos.

Cuando finalizó la Cumbre de Río, en 1992, mi grupo empresarial ya había atravesado muchos años difíciles durante los cuáles la amenaza de ir a la quiebra había sido constante. Pero habíamos podido salir adelante y habíamos comenzado a disfrutar de un período de éxitos. Cuando ese aprendizaje tanto a nivel empresarial como respecto del desarrollo sostenible concluyó, ya no pude volver a ocupar mi anterior lugar para seguir haciendo más de lo mismo. Por ello, a la hora de decidir qué hacer, opté por realizar un gran experimento promoviendo formas sostenibles de desarrollo económico, humano y ecológico en Latinoamérica. Y con este objetivo, invertí en negocios forestales y vinculados al agua, plantando árboles y creando empleos. En quince años hemos plantado alrededor de 250 millones de árboles. Es decir que cada familia de Latinoamérica tiene un árbol plantado por nosotros.

Hoy en día, la que era una empresa familiar es un Grupo consolidado, que ha pasado de dedicarse a las construcciones livianas que utilizaban asbesto, a emplear desde hace muchos años materiales sin asbesto. En el Grupo trabajan alrededor de 16 mil personas, tiene activos por encima de los 2 mil millones de dólares y, lo que es más importante, su rentabilidad y cuenta de resultados responde al *triple bottom line*. Ese creo que es un logro muy importante, que desde luego no sólo representa un orgullo para todos nosotros sino que es un éxito que comunicamos a nuestros públicos interesados. En toda Latinoamérica, somos sólo dos o tres las empresas que publicamos reportes de sostenibilidad: informes sobre el *triple bottom line* con una auditoría externa certificada que confirma y revisa todos nuestros datos, no sólo los financieros sino también los de uso de recursos, emisiones e impacto social.

Creo que todo esto ha sido posible porque en nuestro Grupo el tema de la responsabilidad social se integró como un eje central, como parte fundamental de nuestra forma de hacer negocios. Es decir que no respondemos al antiguo esquema de tener una empresa que produce ganancias y que además realiza actividades filantrópicas. No, todo lo contrario. El concepto de responsabilidad social integra nuestra gestión. Es decir que cada uno de los directivos, todos los gerentes y todos los empleados deben saber acerca de este tema, deben comprenderlo y tienen incentivos para hacerlo realidad. Francamente, es un trabajo gigantesco, un reto formidable. Pero tengo la satisfacción de poder afirmar que cuento con empresas que pueden demostrar rentabilidad en los tres niveles: el económico, el social y el ambiental.

La integración del concepto de responsabilidad social ha modificado la perspectiva de la empresa. Hoy la rendición de cuentas, el diálogo con los públicos interesados, con los vecinos, con los proveedores, el trabajo con los clientes para escuchar mejor sus demandas y el alineamiento de los empleados, ha dado lugar a un tipo de gestión que está más centrada en lo humano, que se preocupa por darle valor humano, social, conocimiento y coherencia a la empresa; y todo eso redundando en una mirada global y un nivel de creatividad que es mucho más amplio. Dicho esto quiero subrayar que este esfuerzo, este aprendizaje, es y debe ser continuo. Hemos subido quizá un primer peldaño que nos permite decir que la idea funciona, que es posible lograr el éxito en el *triple bottom line*. Sin embargo, aún queda todo por hacer, queda todo por mejorar, y no tengo la menor duda de que en unos años vamos a ser más eficientes y vamos a estar en condiciones de mostrarles a nuestros públicos interesados muchos y mejores resultados.

Paralelamente al Grupo empresarial, hemos creado la Fundación AVINA, que hoy trabaja en toda Latinoamérica. Tuvimos la fortuna de iniciar la Fundación en el momento en que surgió Internet. Es decir, nacimos sin papel, nacimos en la pantalla. La estructura de la fundación es muy

descentralizada: tenemos 25 representaciones que están muy cerca de la gente con la cual trabajamos. Al comienzo no teníamos mucha idea y funcionábamos bajo el concepto básico de apoyar a los pobres, de acuerdo a los preceptos de la filantropía tradicional. Pero no necesitamos mucho tiempo para darnos cuenta de que ese no era el mejor modo de hacer las cosas. Después de muchos ejercicios estratégicos, encontramos que el tema del liderazgo era clave. El liderazgo definido como la capacidad de soñar y de materializar ese sueño, de realizar un concepto, de ejecutar un plan, de encontrar a la gente que va a participar y de motivarla para encarar un esfuerzo conjunto. Y todo eso basado en valores compartidos. Porque para nosotros, compartir determinados valores es fundamental, ya que el liderazgo se define y se sustenta en ellos. Y en esto hemos estado trabajando en la Fundación AVINA durante los últimos diez años con alrededor de 1,300 asociados, facilitando que cada uno realice su trabajo, que puede estar vinculado a lo ecológico, a lo social, con niños o poblaciones de riesgo, centrado en la investigación o el estado de derecho. En AVINA también trabajamos con muchas empresas del Grupo, abordando determinados temas en forma conjunta y negociando entre pares como se hace entre las empresas, de acuerdo a un modelo que personalmente encuentro muy interesante.

Lamento no tener más tiempo para contarles acerca de la labor de AVINA, la valiosa experiencia que representa para mí viajar por Latinoamérica y participar de encuentros con los líderes socios de la Fundación. Sólo quisiera decirles que cada vez me impresiona más la energía y creatividad de la gente de la región, que se traduce en la diversidad de acciones que desarrollan en sus países, en aquellos campos donde hace falta y donde la ayuda que brindan resulta vital.

Cuando la empresa y la Fundación se consolidaron, los equipos de personas con los que contaba en ambas organizaciones eran excelentes; creo que los mejores que he tenido durante toda mi carrera profesional. Decidí en consecuencia que podía dejar mis funciones de ejecutivo y crear un fideicomiso, donándole para siempre y sin posibilidades de volver atrás mi empresa a este fideicomiso, con el fin de que los dividendos que produzca sirvan para darle sostenibilidad a la Fundación en el futuro. A esta nueva entidad la llamamos VIVA, porque representa mi Visión y Valores, y es lo que une a la empresa y a la Fundación.

Anteriormente yo era el único vínculo que había entre el grupo empresarial y AVINA. Ahora, con VIVA, contamos con un grupo de personas que funcionan de nexo y que facilitan la información y la colaboración entre ambas organizaciones. Esto ha generado nuevas sinergias y creatividad, que posibilitaron que se comenzaran a desarrollar todo tipo de proyectos. Y, obviamente, para mí es muy importante que VIVA funcione, no sólo por el dinero que he invertido en ello sino también por el tiempo y el esfuerzo que le he dedicado a este modelo para que pueda proseguir en el futuro y más allá de mi participación activa.

Este experimento es mi respuesta a un diagnóstico que hice hace diez años en Europa, pero que también se aplica a Latinoamérica. La complejidad de este mundo moderno hace que el Estado ya no lo pueda hacer todo. Por más que lo intente y sin importar lo grande que sea, el Estado no puede solucionar los problemas de la sociedad, y creo que el Señor Presidente lo dejó muy claro al insistir en que hay que encontrar una división de funciones. Creo que es importante que tengamos un Estado muy eficiente –preferentemente más pequeño que grande–, con una visión clara y toda la capacidad para ampliar su marco de influencia de modo de darle participación a todos los actores sociales. Sin embargo, creo que muchos Estados, tanto desarrollados como en vías de desarrollo, todavía pretenden realizar todo.

En este informe del ENADE, encontré un pasaje que cita la Constitución de El Salvador, y que dice que es obligación del Estado asegurar a los habitantes de la República el goce de la libertad, la salud, la cultura y del bienestar económico y la justicia social. Es decir que la Constitución dice que es obligación del Estado garantizar el bienestar económico. Es bueno que esté en la Constitución, pero no tiene sentido que el Estado, en la forma del gobierno, deba garantizar el bienestar

económico de la población. Porque no puede ser. Porque es irrealizable. Y es por ello que creemos que es tan importante que el empresariado sea protagonista del desarrollo; que el empresariado productivo y el empresariado social encuentren nuevas formas de colaboración entre ambos y con el Estado.

Y por eso también creo que nuestro experimento puede ser algo interesante si logramos hacer un aporte positivo, ayudando a cubrir algunas de las funciones que el Estado no puede cumplir y colaborando así a dar respuesta a algunas de las expectativas que tradicionalmente la gente tenía del Estado en El Salvador. Creo que si en la actualidad le preguntáramos a la gente de la calle quién es el Estado, en la mayoría de los países responderían que es quien tiene el dinero y el poder. Dirían que ellos no son el Estado. Y creo que mientras esto sea así, mientras gran parte de la sociedad diga que el Estado son los demás y no ellos mismos, no se podrá producir un verdadero desarrollo social, un desarrollo sostenible. Por eso creo que es fundamental que se perfile un proyecto de Nación y no sólo de Estado que incluya nuestra historia, nuestra idiosincrasia, nuestros recursos naturales y todas las fortalezas y debilidades que tenemos. Y debería ser un plan, un proyecto, con el que todos los ciudadanos se puedan identificar. Creo que sólo teniendo un plan de Nación que todos respaldemos y sintamos propio podremos lograr un verdadero desarrollo sostenible.

Obviamente que en este proceso la educación es clave, para que la gente conozca y comparta este plan y esta visión de Nación. Y para lograrlo hace falta una actitud responsable y hace falta también liderazgo. Estoy más convencido que nunca que el liderazgo es una parte clave del proceso. El liderazgo es importante fundamentalmente por parte de quienes tienen más conocimientos, más recursos y más posibilidades de hacer las cosas. Y es por ello que el empresariado local tiene un desafío muy importante.

Otro punto sustancial es que es necesario también que quienes tengan liderazgo tengan valores. Creo que si no respetamos valores humanos como la integridad y el compromiso de solidaridad, no vamos a lograr consolidar el proyecto de país que queremos. Porque para nosotros el liderazgo no es el caudillismo de antaño, sino que implica que nos comportamos y hacemos lo que profesamos. Porque si no lo hacemos, vamos a perder la confianza de quienes pretendemos liderar. En términos sencillos, definimos que el líder no es el que está arriba, sino el que está adelante.

Tenemos como ejemplo el caso sorprendente y decepcionante del país vecino de Costa Rica, que nos enseña hasta qué punto un pacto social y una democracia consolidada pueden volverse frágiles en el momento que los mandatarios no respetan con sus actitudes concretas lo que profesan. Espero que esto redunde en una catarsis útil para ese país y quizá para toda la región, para que aprendamos a tratar de manera seria, íntegra y transparente el tema del liderazgo.

Antes de terminar y si me lo permiten, quisiera darles un consejo más: considero que lo que ustedes formulan aquí en el ENADE, lo que acabo de escuchar en la exposición del Señor Presidente, es muy bueno porque El Salvador ha sido en los últimos años un caso exitoso. Después de una época difícil, han logrado generar mucho capital social y han sentado muchas de las bases para su futuro desarrollo. Pero la verdad es que a mi parecer este es un dato muy poco conocido en el mundo, tanto que personalmente me quedé muy sorprendido al leer el Informe del ENADE del año pasado, al ver lo clara que tienen la situación y todo lo que ya está hecho. Por eso, yo que recorro mucho esta región y me preocupó por sus países comparando a unos con otros, le aconsejaría a El Salvador que haga un esfuerzo conjunto importante entre el Gobierno y el sector privado para dar a conocer al mundo su caso, las cosas que ya han logrado, las bases que ya están sentadas, la confianza que el inversionista extranjero puede tener en el país. Creo que esa sería una excelente oportunidad para El Salvador, porque obviamente para salir adelante necesitan inversión extranjera.

Necesitan que los potenciales inversionistas conozcan lo que han logrado, lo confiable que es su actual política, y lo consistentes que son los planteamientos de sus empresarios. Y este esfuerzo

de comunicación, en verdad no es tan significativo ya que ustedes pueden hacerlo al igual que lo hacen cuando tienen que dar a conocer sus empresas en el mercado. Creo que este podría ser uno de los puntos de la agenda para el año próximo.

Le deseo a El Salvador y a todas y todos los salvadoreños el éxito que merecen como gente trabajadora, como gente seria y creativa. Lo digo como amigo y como inversionista en el país; lo digo como un invitado que llegó hasta aquí para participar de este evento con mucho cariño e interés.

Muchas gracias,

Stephan Schmidheiny.

DR. STEPHAN SCHMIDHEINY, PRESIDENTE HONORARIO DEL WORLD BUSINESS COUNCIL FOR SUSTAINABLE DEVELOPMENT (WBCSD).